

Los modelos pedagógicos en la formación¹

Modelo de la perfección

Este modelo centra su atención en el objeto final. Olvida señalar los itinerarios metodológicos. Privilegia el yo ideal. Los elementos de la personalidad (energía pulsional o movimiento instintivo: pretensión de que la energía pulsional sea inmediatamente conforme a los valores) deben ser inmediatamente integrables con el ideal a conseguir; de lo contrario hay que eliminarlo o en todo caso volverlo ineficaz, como si no existiera o no tuviera derecho a existir en la vida de la persona.

Riesgo: En el programa formativo se dice todo (el objeto de la perfección) y nada al mismo tiempo (el método para alcanzarlo). Proclama como nobles, fuertes e irrepreensibles los fines, pretendiendo ignorar los medios, que hacen referencia a los seminaristas, a los contextos y métodos. Expone al seminarista en formación a una pretensión y un riesgo: empobrecer la vida psíquica. El modelo corre el riesgo de transformarse en un modelo de lucha a ultranza y de la tensión insoportable a largo plazo: lucha psicológica y no religiosa. El resultado es que muchos seminaristas a un cierto punto ya no resisten la tensión y a veces pasan incluso a un extremo opuesto, o se dejan llevar por la mediocridad.

Implicaciones en el plano formativo. Se empuja al joven a borrar una parte de su propio yo, la considerada menos noble o más humillante hasta el punto de ilusionarlo a que puede vencer en el intento, eliminándola y extirpándola de raíz.

Este modelo transmite a la persona una idea contradictoria de sí misma: Por un lado, se favorece un cierto sentido de presunción y de suficiencia (“debes dominar y borrar todo lo negativo”), por otro lado, se insinúa una concepción muy negativa del propio ser, que emerge posteriormente como como rabia y sentido de culpa cuando no logra vencer y dominar o como depresión y desconcierto cuando comprueba que no ha logrado borrar nada. El resultado de este proceso es que no se ha ayudado a la persona a conocerse ni aceptarse. Tenemos a una persona con escasa libertad consigo mismo y con los demás, con los que tenderá a proyectar, defensivamente todo lo que le causa problemas y no acepta de sí mismo.

Aspectos positivos. La extrema claridad del proyecto propuesto, de los valores que debe alcanzar y de la disciplina que debe aplicar, de la distinción entre lo que está bien y mal y de las renunciaciones inevitables. Esto puede dar seguridad al sujeto, sentido de identidad, infundiéndole en él valor y confianza y reforzando su opción vocacional. Además de esto, el entrenamiento para asumir una cierta disciplina como estilo de vida y de crecimiento. Es posible que la persona aprenda un método, constancia en el camino ascético, adquisición de buenas costumbres, cierto orden en la vida, paciencia y fidelidad en la consecución de las metas. Si no hay extremismos y radicalizaciones de origen sospechoso responde a la ley psicológica según la cual un valor es auténtico en la medida en que exige el máximo al individuo. Este modelo ha respondido a la exigencia de radicalidad del corazón humano.

Modelo de la observancia común

Es una variación del anterior. O de elaboración y aplicación del mismo al ámbito comunitario. Pone el acento en la dimensión colectiva. En cierto sentido le devuelve relieve al otro, al tú, al nosotros. Es un grupo de personas en busca de un mismo proyecto. Tienen en común la sed de perfección. Así se deriva la perspectiva de la perfección y de la colectividad. Se da un movimiento dinámico que pasa del ámbito individual al interpersonal y comunitario que va buscando un estilo común.

La perfección en los comportamientos. El centro se va poniendo en lo exterior, en los comportamientos, en las normas que observar en la conducta, y cada vez es menos de motivaciones internas y personales, de trabajo en la zona visible del yo, en el mundo interior e inconsciente. El criterio formativo está constituido por el comportamiento exterior y visible, juzgado en base a la observancia de un cierto estilo de vida, o de un determinado código normativo, reconocido como el criterio de pertenencia. Los planes y el proyecto educativo contienen elementos que provocan desarrollo, la mayoría con una pretensión algo excesiva de definir hasta los

¹ Cf. A. CENCINI, *El árbol de la vida. Hacia un modelo de formación inicial y permanente*. San Pablo, 2ª. Edición. Madrid 2005, 19-160. Ver también del mismo autor: *Los sentimientos del Hijo*, Sígueme, Salamanca 2000, 28-81.

detalles la vida de los individuos, con el peligro de precisarlo todo a normas, reglas, obligaciones y prohibiciones, olvidando los valores esenciales.

Del grupo a la colectividad. Es más la idea de colectividad que de comunidad.² Lo que cuenta en el colectivo es la realización del objetivo, olvidándose de los individuos, sus heridas y fatigas; la colectividad tiende a convertir en masa a los individuos, homologando características en un todo indistinto.

Comunidad de la observancia. El resultado ha sido una progresiva tendencia a uniformizar, que ha llevado a privilegiar a la comunidad más que al ideal común. Se observan las reglas (expresadas en tercera persona: "Se debe...") aunque no se comprenda su espíritu. Se imponen costumbres colectivas que se convierten en tradiciones casi sagradas e imposibles de modificar ("Siempre se ha hecho así").

Aspectos positivos. En la modernidad líquida donde parece que no hay reglas y priva la incertidumbre, lo débil, precario, ligero, no solo el pensamiento sino las ganas de vivir y de amar; donde la identidad de los jóvenes en formación parece poco segura, firme y estable, surge en muchos la necesidad, casi la urgencia, de recuperar algo definitivo, claro e inequívoco. Así, se explica el retorno de una determinada concepción de la formación y de la comunidad en la que se otorga cierto espacio a la observancia común, a la disciplina y a un cierto orden, a la regla y a su capacidad no solo de indicar un ideal, sino también el itinerario para alcanzarlo, no como algo vago e igual para todos, sino como algo profundamente específico y marcado por un carisma y como experiencia comunitaria, en función de un orden interno. Todo esto puede ser positivo si se dan dos condiciones. Que no se reduzca el problema de la renovación de la formación a un problema de disciplina. Y, por otro, lado, que haya equilibrio entre identidad y pertenencia. Respecto al primero, no se trata de crear un clima o régimen de control y presión exagerada. Se ha de tener en cuenta el paso de la disciplina a la autodisciplina, donde todo nace de las convicciones, donde se plantea una pedagogía para descubrir la belleza, lo bueno, lo verdadero. Respecto a la segunda condición, se exige estar atento a la gratificación sin más de las necesidades básicas de ser aceptado por los demás... para que estas no sean las motivaciones que muevan la conducta. También estar atentos con la obediencia conformista porque el conformismo puede ser confundido con la auténtica obediencia o con el genuino sentido del grupo; permanecer atentos para distinguir la cortesía de la complacencia.

Modelo de la autorrealización

El contexto de su nacimiento es el posconcilio. Es consecuencia del modelo de la perfección tanto en lo individual como en la observancia común, y también marca una ruptura. El concepto autorrealización quiere significar un nuevo modo de concebir el acontecimiento de la consagración, la propia humanidad y tal vez la misma fe. Parte del sentido del propio yo y del modo de concebirse a sí mismo y la propia identidad y positividad, poniéndola, sustancialmente, en las propias dotes y cualidades (en el plano físico, psíquico y moral), y buscando la realización de los propios talentos y capacidades como objetivo importante y como condición y garantía de la estima de sí y del sentido del propio bienestar. Todo desde la óptica de la subjetividad o subjetivismo. El yo se centra en sus dotes, cualidades, talentos y la autoestima, y teoriza la primacía de la realización de todo ello incluso de lo espiritual.

Aspectos positivos. En cierto sentido la propia santidad o el cumplimiento de la propia vocación según el proyecto de Dios representan un proceso de autorrealización, el más logrado e integral: el individuo no se oculta ni se pierde entre el colectivo; puede distinguir entre la gracia y la naturaleza, espíritu y carne; atiende temas importantes como la relación entre necesidad de una identidad positiva y el sentido del propio límite; valora la propia humanidad y su sentido de satisfacción personal y gusto por vivir. Lo negativo ha sido que se ha ido a extremos, favoreciendo desequilibrios.

Aspectos contradictorios. Todo se ve desde la perspectiva de realizar *el propio talento*. La decisión vocacional, por ejemplo, se toma a partir de los propios talentos: no podrá elegir sin contar con los talentos, si no tiene toda la certeza de poseer todas las capacidades requeridas para esa vocación; elegirá porque es capaz, no porque es llamado. En un segundo momento, no tendrá la seguridad de llevar a cabo ninguna elección si no

² Colectivo: conjunto de personas unidas por un interés común u orientadas hacia el mismo objetivo, que funciona, además de como elemento cohesivo, como lo que se impone a cada uno por separado, con el riesgo de hacerlo desaparecer de algún modo en sus peculiaridades.

tiene la certeza de conseguir perfectamente la prestación exigida, por tanto, ninguna libertad para arriesgar, para intentar cosas nuevas, para apuntar alto, para proyectar algo fiándose de otro (de Otro). Y, por otro lado, también estará **fijado al rol** donde pueda mostrar sus dotes. Hará depender su positividad de lo que hace y sabe hacer, y estará identificado con lo que hace, con el rol que ejerce. Y como consecuencia, siempre será dependiente del **resultado positivo** y del consenso social (de aquí el típico carrerismo). Este modelo no educa a reconocer el propio límite moral, como máximo llegará al sentido de culpa, pero no sabrá vivir la auténtica consciencia de pecado, con la consecuencia de no hacer la experiencia plena de la misericordia de Dios, y como consecuencia no sabrá acoger sobre sí el mal del otro. En cuanto a las relaciones interpersonales se experimenta **ambigüedad y conflictividad**: preocupados de realizarse a sí mismos estarán pendientes de la aprobación de los otros, quienes son jueces naturales algo temidos y respetados; invierten sus energías en estar pendientes de compararse con los otros, compitiendo continuamente, envidiando; manifiestan sentido de inferioridad ante los catalogados mejores y sobrados hacia quien se siente inferior a él. Toda la preocupación por **buscar la propia autorrealización** no llega a ninguna realización y termina por producir la sensación contraria, la de no poder adquirir nunca la certeza definitiva de la propia positividad. Corre el riesgo de producir sentimiento y **hasta complejo de inferioridad**. Incluso en el caso de resultados positivos y éxitos, de títulos conquistados, como si no bastara para satisfacer la necesidad. Esto lleva a una insatisfacción y a una frustración permanente.

Modelo de la autoaceptación.

El término procede del ámbito psicológico y psicoterapéutico, del área de la psicología humanista, y denota la importancia de mirarse con benevolencia, sin los rigores del modelo de la perfección, sin tampoco contentarse con el criterio único de la corrección en el comportamiento y sin los frenesíes narcisistas del modelo de la autorrealización. El término indica, al menos implícitamente, una libertad mayor para llevar más a fondo una exploración del propio mundo interior.

El **autoconocimiento** está a la base del proceso. Sobre todo, el componente **negativo** de la personalidad. Todo esto en sintonía con el yo ideal. Además, ofrece criterios valorativos (la palabra de Dios, el juicio que viene de la cruz...) y acompaña al sujeto a lo profundo de su interioridad a reconocer la parte consciente e inconsciente. Aceptar y aceptarse quiere decir no pretender eliminar radicalmente el componente negativo. Este modelo subraya la necesidad de **reconocer la propia creaturalidad**, mirar los propios límites y reconocer la señal del límite existencial, del escaso poder que tenemos sobre nosotros y los otros. Esto con la finalidad de adentrarse en la lógica del misterio y de dar sentido a las propias heridas y actuar con mayor libertad. Aceptar los propios límites y debilidades significa la superación de la tentación ingenua de poder borrar, quitar, olvidar, etc., la polaridad negativa; significa también reconocer la propia positividad personal.

Dos equívocos en este modelo. Por un lado, **la autoaceptación como objetivo final** y no como etapa intermedia. El mensaje que se daría de fondo es que en la formación esto es lo único que basta y que no hay nada más que formar. Por otro lado, la autoaceptación **como acción autorrefleja y no en virtud de Otro**, entendida como un tipo de operación del yo que se acepta a sí mismo, como si estuviera delante de un espejo en un movimiento de comprensión y compasión, o de apreciación y estima, o de misericordia que sigue a un juicio y a una culpa.

Los riesgos de este modelo. **La inmovilidad**. Que la aceptación termine por provocar una especie de tácito y práctico asentimiento de la propia negatividad, como una autoabsolución cada vez más pacífica y tranquila, con la pérdida paralela de la conciencia penitencial, o pérdida del sentido de culpa y sobre todo de la conciencia de pecado; pérdida incluso de motivación para cambiar, para convertirse, con la consiguiente situación sin salida, de inmovilidad en plano psicológico y espiritual. Por otro lado, la **mediocridad**. El modelo de aceptación asegura y tranquiliza, pone a la persona en condición de contentarse con lo que es con el punto al que ha llegado. La ilusiona con ser ella misma y la convence de que más no puede; le da a entender que esforzarse podría incluso hacerle daño a la salud y resultar artificioso. En la vertiente espiritual se confunde con la auténtica humildad, con el abandono y la entrega de sí en las manos de Dios.

El modelo del módulo único.

Es la tendencia a favorecer un aspecto, o una dimensión o un plano de la formación. El aspecto privilegiado determinará una atención formativa exclusiva, dirigida solo al aspecto correspondiente de la personalidad y del psiquismo humano, excluyendo o infravalorando los demás aspectos (por ejemplo, privilegiar el aspecto

intelectual querrá decir cuidar solo y sobre todo la dimensión mental, descuidando las demás). Esto suele darse según la competencia del formador, donde él se siente seguro y competente o a un acentuado interés suyo o en lo que se ha formado. El aspecto elegido y subrayado se enfatiza y se pone en el centro, en lo teórico y práctico. La asunción de este modelo único puede llevar a un malentendido de la realidad de la persona en formación: en la práctica, se corre el riesgo de apreciar, por ejemplo, como “cuidado” por la liturgia lo que en cambio es más bien una interpretación defensiva y exhibicionista de la misma por parte de un sujeto algo narcisista o de confundir una actitud rígida y agresiva con la valentía de las propias ideas. Como resultado, el formador que adopta el modelo formativo concreto como único módulo acabará espontáneamente por premiar el comportamiento del joven seminarista que responde a tal modelo y de poner en el entredicho a quienes no lo siguen con esa fidelidad. Se desencadenan de esta manera los comportamientos complacientes de los seminaristas y nada exigentes con otros aspectos carentes de formación. Por ejemplo, un candidato podrá tener serios problemas en las relaciones interpersonales, pero como es piadoso y sabe tanto de liturgia ese problema se omite; o bien, es mal educado con sus compañeros, pero como es brillante en los estudios (y tal vez muy elevado por algún formador) nadie es capaz de sacar a relucir su problemática, y así continuará el proceso con la probabilidad de causar daño en el pueblo de Dios. Entre este unilateralismo están: el espiritualismo, el voluntarismo, el pietismo, el liturgismo, el intelectualismo, el psicologismo, el experiencialismo y el subjetivismo.

Modelo de la integración.

El modelo de la “integración” parece mejor fundado bíblica y teológicamente, además, expresa el posterior progreso de las ciencias humanas y de la psicología en particular aplicadas al proceso formativo. Este modelo manifiesta el mejor acuerdo entre estas ciencias y las disciplinas clásicas de la formación espiritual. Su dinámica consiste en construir y reconstruir la propia vida y el propio yo en torno a un centro vital y significativo en el que encontrar la propia identidad y verdad, y la posibilidad de dar sentido a todo fragmento de la propia historia y de la propia persona, al bien y al mal, al pasado y al presente. Este centro, para el creyente, es el misterio pascual, la cruz del Hijo que, elevado sobre la tierra, atrae a sí todas las cosas (cf. Jn 12, 32). La persona aprende a darle sentido, transformándolo y transfigurándolo todo en su vida a partir de este centro vital. No se trata de borrar, sino dar sentido; no de sufrir, sino dejarse atraer; no olvidar, sino aprender a recordar, con una memoria espiritual. Todo esto guarda la posibilidad de crear en el sujeto una disponibilidad inteligente y atenta, emprendedora y dúctil de todo el ser: la *docibilitas*.³ Que le permite vivir cada día y todos los días y toda relación, toda edad, todo lugar y toda circunstancia, incluso las inéditas, como tiempo y oportunidad de formación. Este modelo le prepara para la autotranscendencia teocéntrica. Hace caminar al seminarista con mayor realismo y humildad en la conformación con el discípulo y pastor. Estará disponible para la ofrenda de su vida porque goza de libertad y porque su motivación nace de ese centro vital.

Este modelo teológico-antropológico se funda en el misterio de la humanidad asumida por el Verbo eterno y revela la posibilidad de relación entre gracia y naturaleza. Es un modelo que autentifica al creyente. Porque no es completa ni evangélica la formación que no logra tocar ni purificar, transformar ni evangelizar no solo los valores expresamente proclamados o los comportamientos visibles, sino tampoco los sentimientos, deseos, disposiciones interiores, proyectos, simpatías, gustos, sueños inconfesados, atracciones, memoria, fantasía, sentidos internos y externos..., es decir, todo, a imagen del Hijo que se inmola por amor.⁴

Se trata de ofrecer a los candidatos una formación integral que se funde en el discernimiento de la llamada de Dios, donde la relación con el Señor que llama es vital. Y esta relación toca todo lo humano. No se trata de proponer una formación técnica que lleve a adquirir habilidades para el ministerio, sino una formación que conduzca al encuentro, a estar con Jesús, porque “ser sacerdote es un modo de estar en relación con Dios”.⁵ Y, por tanto, se trata de ayudar al formando a personalizar en la vida práctica su relación-conformación con Cristo dejándose guiar por la integración entre espiritualidad y humanidad que define la trayectoria de la vida y persona de Jesús. Un reto para los formadores es asumir el criterio de la pedagogía evangélica atenta a la humanidad de Jesús, modelo de toda vocación.

³ Para el concepto *docibilitas*: Cf. A. CENCINI, *¿Creemos de verdad en la formación permanente?* Sal Terrae, Santander 2013, 58-74; *La formación permanente*. Colección Sígueme, San Pablo, Madrid 2002, 37-40; *¿Ha cambiado algo en la Iglesia después de los escándalos sexuales? Análisis y propuestas para la formación*, Sígueme, Salamanca 2016, 224-235.

⁴ A. CENCINI, *Los sentimientos del Hijo*, Sígueme, Salamanca 2000, 38.

⁵ S. GUARINELLI, *El celibato de los sacerdotes. ¿Por qué elegirlo todavía?*, Sígueme, Salamanca 2015, 97.